LA SEMANA TEATRAL

EL PLEITO DE LAS OPERETAS

Micifuz y Zapirón, dos conocidísimos gatos que regocijaron nuestra infancia con sus escrúpulos de conciencia, han ingresado, por lo visto, en la Sociedad de Autores y han planteado allí el arduo pleito de si es lícito apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

A mí, naturalmente, puesto que no soy propietario de obras, nadie me llama en ese pleito. Pero me parece que cabe en él perfectamente la frase del notario famoso: «O se tira de la cuerda para todos ó no se tira para ninguno.» Si se declara ilícito tomar las escobas hechas, hay que declarar ilícito también tomar, sin permiso ajeno, los materiales para confeccionarlas.

Malo es, en efecto, tomar las operetas vienesas enteras y verdaderas, traerlas á casa sin pagar siquiera derechos de aduanas y cobrar luego unos cuantos cientos de pesetas ó unos cuantos miles de duros por esa rápida y cómoda labor; pero tampoco es bueno tomar de las operetas tipos, situaciones y hasta números musicales completos, hacer con ellos un mosaico lo más policromo posible combinándolos á tuertas ó á derechas, como el azar quiera, y pavonearse luego como autor verdadero y sudoroso de tanta maravilla.

Y aun hay algo peor que esos dos casos lamentables: coger con ó sin licencia una opereta, ponerla en escena despojándola de todos sus encantos y sin darla ninguno de los auxilios que requiere, matarla con alevosía y ensañamiento, y quedarse luego tranquilísimo ó cuando más sorprendido ante el fracaso. El hurto es malo, el robo peor; pero, ¿qué me dicen ustedes del asesinato?

Desgraciadamente, el asesinato es lo habitual en nuestros escenarios, y buena prueba de ello está en *La princesa de los dollars*, la famosa opereta de Lehar de que nos han dado ya dos sesiones, una en extracto y otra íntegra, y desde luego ninguna buena.

No hace mucho publicó NUEVO MUNDO, y en este mismo sitio los señalé á la atención de los lectores, grabados en que podía verse algo de la *mise en scene* de *La princesa de los dollars* en un teatro inglés. Era un alarde de lujo, de riqueza, de elegancia y de buen gusto: espléndidas decoraciones, mujeres hermosas de escultural figura y admirablemente vestidas, todo lo que puede hacer una obra escénica grata á la vista estaba reunido en ella; y nada, absolutamente nada de eso, hemos visto aquí en el Lírico ni en Price. ¿Podría ser igual aquí y allende el Canal el éxito de la obra de Lehar?

Los autores de obras de ese género cuentan, como es lógico, con todos los elementos necesarios para el buen éxito. Los traductores, sin duda, porque son, no padres, sino padrastros de las obras que pretenden cobrar, se conforman con menos, y dispuestos á pasarse sin nada, no sólo transigen en que las obras vayan sin decoraciones, sin trajes, sin colores y sin mujeres hermosas, sino que pasan también porque vayan sin cantantes y sin orquesta: ¡un verdadero colmo tratándose de obras musicales!

Ese colmo lo hemos visto ahora, tratándose de *La princesa de los dollars*, en el Lírico y en Price sucesivamente, y tan á menos ha venido la famosa opereta en manos de sus impíos arregladores y empresarios, que va siendo necesario cambiarla el título y llamarla, todo lo más y concediéndola demasiado, *La princesa de las perras chicas*. Una princesa no mísera, sino misérrima, que entristecería enormemente á su propio padre, como nos entristece á cuantos la vemos.

Los actuales artistas del Circo, con raras excepciones, son como aquel célebre tenor de zarzuela grande de quien se habló en el diálogo famoso: «¡Pero qué mal canta Fulánez!—¡Únicamente está peor declamando!» Ni saben cantar ni tienen voz. Y como algo semejante pasó en el Lírico cuando hicieron allí *La princesa de los dollars*, ambos estrenitos no han servido para otra cosa que para abrirnos las ganas de que venga pronto la compañía de opereta anunciada en el teatro de D. Fernando Mendoza, para ver si nos enteramos de lo que en realidad viene á ser en su propia salsa la traída y llevada princesa.

Hasta ahora, en efecto, no nos han presentado á esa digna señora; sino, todo lo más, á una desdichada figura que la parodia detestablemente.

ALEJANDRO MIQUIS

EL GENERAL RIZZO

Una personalidad de verdadero relieve y prestigio envidiable era el general de división don Francisco Rizzo y Ramírez, que falleció en Madrid el 20 de Febrero último.

Procedía del Cuerpo de Ingenieros, en el que sobresalió desde los comienzos de su carrera. Tanto sus trabajos en la Comisión Topográfica como los luminosos estudios especiales que publicó, sirvieron de consulta á centros y corporaciones extranjeras, valiendo á su autor el ingreso en la Legión de Honor que el Gobierno francés le concedió, además de otras condecoraciones que obtuvo de diferentes países.

D. FRANCISCO RIZZO Y RAMÍREZ

Brilló también el general Rizzo como valiente y decidido militar, acreditando muy especialmente su personalidad en Filipinas en los primeros difíciles tiempos de la insurrección de 1896: designado por el gobernador y capitán general de las islas D. Ramón Blanco para una misión especial en Cavite, cumplióla de tal manera que levantó los abatidos espíritus, y en el general Rizzo depositaron su amor y su entusiasmo todos los españoles que en Manila vivían; sentimientos que no defraudó, porque luego, durante aquel movimiento y la guerra con los norteamericanos, defendió con tesón uno de los puntos más avanzados, no entregándose á los enemigos sino cuando el general Jáudenes había pactado ya con Merrit y Dewey la entrega de la capital filipina.

Entonces hubo Rizzo de tomar á su cargo todo el peso y el dolor de aquella entrega, en la que su caballerosidad y su tacto exquisitos evitaron conflictos y roces con el ejército norteamericano de ocupación; no olvidando al propio tiempo la repatriación de nuestras tropas, hasta que regresó á España.

Un hombre galante

Una señorita, más celosa que agraciada, pregunta á su novio:

—¿Crees tú que la hermosura es la cualidad que más se debe apreciar en la mujer?

—De ningún modo—replica el novio, añadiendo sin darse cuenta—: Yo te aseguro que no me casaría con una mujer bonita.

RUTINAS SOCIALES

Yo, que de ciertas rutinas
soy enemigo crüel,
en los saludos verbales
y más todavía al pie
de las cartas, hace mucho
tiempo que he tenido á bien
suprimir la tontería
de los «besos». ¿Para qué
se dice que se le besa
la mano á nadie, cuando es
mentira? Bueno que al padre,
y al hijo, y alguna vez
á los parientes cercanos
y á los novios, se les dé
materialmente los besos
que se merezcan. Pero el
decir «beso á usted la mano»,
porque es costumbre, á cualquier
señor á quien se saluda,
lo juzgo una estupidez.
Al final de las misivas
que dirigimos á quien
no tratamos con confianza,
¿no hay manera de poner
otra cosa? Yo suprimo,
sin ser por eso un soez,
la tal rutina del «beso»...
y quedo bastante bien.
Pues ¿y la fórmula nueva
de trasladar al papel
lo de *«le estrecha la mano?»*
¿Se ha visto mayor sandez?
Si á mí, que ya tengo estrecha
la mano, los muchos que
me escriben han de estrechármela
más, porque hacerlo es deber
de cortesía... ¡me chinchan.
Y si á las damas también
llega esa moda ¿qué hacemos?
¿Las estrechamos los pies?
¡Dejémonos de tontunas!
¿A qué demonios hacer
jugar las extremidades
en los cumplidos? Si usted
pusiera fin á una carta
besando á Juan ó á Ginés
el esternón, las narices,
la rabadilla ó la nuez,
¿no le tendrían por loco?
Pues lo mismo es, á mi ver,
el dar besos con la pluma
ya en las manos, ya en los pies.
Los que de todo cumplido
me escriban, sépanlo bien:
no se empeñen en besarme
lo más mínimo. Yo haré
lo propio, pues aunque el mundo
me tache de descortés,
¡renuncio á los besamanos
por siempre jamás, amén!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Biblioteca popular en Huelva

El Ayuntamiento de Huelva propónese suplir una deficiencia: aquella ciudad carece de biblioteca popular, y su municipio intenta crearla «con objeto de que el pueblo onubense goce de los elementos de cultura á que tiene indiscutible derecho». Así dice la circular que hemos recibido de la corporación municipal de la histórica población andaluza y á que dan acogida estas líneas haciendo público el deseo.

Como los presupuestos municipales de Huelva carecen de medios para que la idea de su concejo no muera en flor, aquel alcalde y aquellos concejales suplican al público de toda España que ayude á la formación de la biblioteca intentada contribuyendo con los libros que los medios individuales permitan. Con eso se realizará un gran bien colectivo que indudablemente ha de facilitar á los onubenses oportunidades para adquirir armas con que hacer frente al magno problema de la vida.

Las donaciones de libros deberán dirigirse al señor alcalde de Huelva.

DE "COLOMBINE"

LOS INADAPTADOS" Corto las hojas del proemio y leo lo que dice *Colombine:* «Adoro la novela, y dentro de sus diversos géneros la sana novela naturalista.» A D. Ramón de Campoamor me atengo, para decir á mi vez:

«Primera confesión, primer problema.»

No es sana la novela naturalista por ser naturalista; pero la novela naturalista puede ser y debe ser de un naturalismo sano. Ésta es mi opinión.

El naturalismo, más que ninguna otra escuela, está más lejos del verdadero concepto del arte cuanto más exclusivista se muestre, porque entre dos extremos siempre es más noble y más bello el que toca en la esfera de la sensación quintaesenciada y depurada, en lo ideal que el que se apoya en la sensación impura. Lo primero es ir á lo gárrulo, al lirismo, á lo quimérico; lo segundo á lo grosero, á lo soez, á lo que repugna á la superior condición del hombre respecto de los demás animales de la escala zoológica. Un término medio, un prudente sentido ecléctico que reuna en un mismo crisol lo ideal con lo real, ese es el buen concepto del arte. En la oratoria, por ejemplo, decir frases gruesas, vaciar la especie injuriosa y ofensiva tal cual sale, como bloque en estado ígneo, de los hornos de la pasión, es fácil cometido, tan fácil que en ese género de oratoria son maestros elocuentísimos las comadres en riña y los arrieros cuando interpelan, á golpe de látigo, á sus caballerías. Lo difícil, lo que no está al alcance de todos, sino de las inteligencias cultivadas, es concebir, con la rapidez que exige el discurso, imágenes bellas y conceptos nuevos, y cuando las exigencias y la fiebre de la polémica llevan al orador desde la alta región de las doctrinas al escarceo peligroso de la controversia personal, que muestre un ánimo sereno y esgrima las armas del ingenio y la agudeza, y luzca aticismo de forma al describir la estocada, y ponga la sátira fina en la intención, que hiere siempre y desarma. Y lo que digo del arte de la palabra dígolo de las otras artes. Copiar la realidad, cualquier aspecto repugnante ó agradable de la realidad, con exactitud rigurosa de líneas, en el lienzo ó en el mármol, obra es que está en el recurso de todos los artistas que dominen los principios y la técnica de su arte respectivo. Escoger el asunto, *verlo*, infundirle el sello subjetivo del espíritu, arrancar el alma de las cosas, sorprender en el modelo, además de la proporción y armonía de la figura, su gesto peculiar, su expresión, el reflejo de su yo interior, eso es hacer arte verdadero, privilegio de los maestros.

El naturalismo como componente más ó menos dosificado en la obra literaria, no sólo es admisible, sino indispensable y asaz tonificante. De esto á querer sembrar y cultivar, como género sustantivo, un arte literario que sólo arraigue en las impurezas y nada más que en las impurezas de la vida, habría mucho que discutir, y ya se llenaron algunos tomos en tales discusiones. Dicho esto, justo es también consignar que *Colombine*, acordándose sin duda de que es mujer, y siendo, como es, mujer de talento, salva con habilidad algunas veces—no siempre—puntos escabrosos de su novela, y casi casi se halla bien acomodada dentro del sentido ecléctico.

Pero en otro orden de cosas, esa su condición de mujer la hace víctima de un prejuicio sentimental y la lleva á cometer un lapsus que, por ser capitalísimo en *Los inadaptados*, no resisto al deber de descubrirlo. El prejuicio es el sobado problema de la lucha de clases con su afán consiguiente de ver siempre la perversión en los de arriba y el monopolio en los de abajo de la bondad y la honradez.

Dolores, la mujer de Víctor—un *honrado* y *simpático* contrabandista, colono del señor de Rodalquilar—va á la casa de éste á pedirle su influencia para que pongan en libertad á su marido, complicado en cierta matutera pequeñez. Mientras aguarda en el despacho la presencia del amo, contempla su retrato, que es el de un hombre corpulento, «de ventrudo tronco, de cuello fuerte y macizo que se asentaba sobre el amplio tórax y los anchos omóplatos». Y entra el original, y á las primeras de cambio hace presa en la muchacha y abusa una

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

y otra vez de la pobre víctima, que se ha desmayado. Aparte de que, ó es mucha bestia don Manuel ó es mucho desmayo el de Dolores, Víctor se redime por precio tan innoble, su mujer concibe y el fruto es el de aquella monstruosa violación. Pero *Colombine* se indigna contra el hecho que ella misma ha imaginado, y, víctima de su prejuicio, la emprende contra el señor y contra su raza, por ser de señores, y nos pinta al niño víctima de «anemia congénita», de sangre degenerada, pálido, sombreado de ojeras, sin los mofletes de su hermano mayor (el hijo de Víctor), que es «cachigordete y coloradote».

Aquí está el lapsus; porque si ese segundogénito de Dolores es hijo de D. Manuel, lo natural sería que saliera á su padre: corpulento, de cuello fuerte y macizo, de amplio tórax, etcétera, etc. Y no pareciéndose el chico á su padre legal, á Víctor, ni tampoco, aunque esa es la intención de *Colombine*, al odioso violador de su madre, la pobre Dolores sale muy mal parada de estos trances, porque el lector queda en la duda de si habrá un tercero en discordia y no será tanta ni tan pura la honradez de aquella hija del pueblo. Y si esta duda se arraiga... ¡adiós novela!

Por eso he querido hacer resaltar el prejuicio, hijo sin duda de un sentimiento bueno hacia los humildes, pero mal encauzado, para que no se desanimen, y perdonen el lapsus, quienes, después de leerme, lean *Los inadaptados*. Precisamente, desde este punto, ya en franco desenlace, se desborda la inspiración de la autora, como si acabara de salir de un grave aprieto, y son muchos y muy apreciables los aciertos de que hace gala en su libro. La escena del juego del pañuelo es viva y movida, de un sano naturalismo campestre que recuerda algunos cuadros de Goya. Naturalista es también, llena de color y de risas, la del baño de las mujeres en el mar, tratada bajo formas artísticas, mirando al ambiente clásico, con una nota final de gran intensidad romántica. Los tipos del curandero y la saludadora, naturalistas también, tienen un relieve siniestro, y las escenas que siguen á su presentación—la caravana fantástica de celajes que velan la luna, los rumores del campo que presiden el misterio de la noche, la agonía dolorosa del pequeño bajo el parpadeo de la luz mortecina, la trágica revelación y la escena macabra del cadáver del niño arrojado por Víctor contra el suelo—todo es una transmisión de fuerza emotiva intensísima que parece exudar del libro é irse corporando ante la vista deslumbrada del lector.

Sin algunos excesos de baratos colorines—la inocente enemiga contra los curas, la ponderación del amor libre, etc., etc.,—y el equívoco apuntado, este libro, escrito por una hija de Eva, no tendría pero, aun conteniendo como contiene el daño de la simbólica manzana.

DOMINGO TEJERA

Los reclutas

El sargento, con aire de persona inteligente, dice á los reclutas:

—¡Atención! Y fijarse bien en que este ejercicio consta de tres tiempos:

El primer tiempo es el que viene antes de los otros.

El segundo tiempo es el que sigue al primero.

El tercero es el que sigue al segundo, y por tanto, el último.

—¿Lo habéis comprendido, zoquetes?

Un quinto, admirado:

—¡Rediez, qué talento tiene usted, mi primero!

Fuerza para la electricidad

Es verdaderamente fabulosa la fuerza motriz que puede obtenerse de las cataratas de Islandia. Cien mil caballos de fuerza proporcionan las llamadas de Guldfoss; de 50.000 á 70.000, las de Sog; 39.200, las de Skjälfandi y Goda; 35.800, las de Aldeyjar; 30.000, las de Laxau; 17.000, las de Barma. Total, cerca de 300.000 caballos de fuerza, que trata de explotar una gran compañía que ya se ha formado y que se dedicará especialmente á las industrias electro-químicas.

México y España

UN NUMERO EXTRAORDINARIO

D. J. MAQUEDA AGUILAR

Gerente del "Blanco y Negro" mexicano

El periódico *Blanco y Negro* mexicano está confeccionando un precioso número extraordinario dedicado á la Junta de festejos «Covadonga», cuyo texto y grabados serán una muestra de fraternidad intelectual mexicano-española. Fotografías, trabajos históricos de las 49 provincias de España, reproducción de obras de nuestros Museos, etc., etc., compondrán ese número. De la selección de originales en España está encargado el redactor corresponsal en Madrid de la mencionada revista, nuestro distinguido compañero D. Humberto Rivas.